

Raíces en el equipaje

FRAGMENTO II

BOLIVIA, 1912

Hemos viajado 35 horas en tren y finalmente llegamos a Machacamarca, pequeña localidad cerca de Oruro. Aquí comienza el ferrocarril de Patiño. Nos reciben unos alemanes muy altos, alegres y ruidosos, para darnos la bienvenida nos invitan a un brindis. No logro entender como están tan contentos, yo solo tengo frío, me siento pésimo, la puna me está liquidando. A medida que avanza el tren hacia las alturas, el aire se va entreciendo y me cuesta respirar. Mis oídos zumban y me siento marcado. En el punto más alto el tren se detiene por unos instantes, al parecer también necesita descansar. En mi embotamiento escucho fragmentos de conversación de los alemanes. No alcanzo a comprenderlos, solo un número me queda dando vueltas, y me hace sentir cada vez peor: ¡cuatro mil quinientos metros de altura! Estoy próximo a desmayarme. Pero el tren sigue lentamente su camino; ahora comienza a descender. La presión en mi cabeza cede un poco, y soy capaz de distinguir el paisaje. El mundo parece estar hecho de cerros, altas paredes de roca color rosa contrastan con montes oscuros. Luego vienen sinuosidades ondulantes, para dar paso a bruscos despeñaderos. Hacia donde alcanzan a ver los ojos, no hay nada más que cerros. ¿Cómo puede existir algún poblado por aquí? Pero pronto los montes se hacen menos abruptos, se redondean cada vez más, y luego aparece delante de nosotros la inmensidad de la pampa del altiplano. Nuestra última estación es Oruro. No tengo ojos ni oídos para descubrir algún indicio de encanto o de hermosura; sólo distingo pequeñas casas de adobe, calles polvorientas y sol, mucho sol. Me siento en la plaza e intento calentarme, ya que la puna y la desolación me tienen helado por dentro y por fuera. ¡Cuatro años tendré que pasar en estas latitudes! No sé cómo podré soportarlo, creo que será imposible. Me recluyo en la pieza del hotel, me recuesto para no ver ni oír nada más.

Recuerdo que después de aquella desesperación, mi malestar fue mermando. A los tres días la puna me dejó en paz y pude ordenar un poco más mis pensamientos. Con nuevo ánimo monté la mula que me llevaría a mi destino final: el cerro Japo, a 20 km. de distancia de Huanuni, mina muy conocida en aquella época. El camino nos llevó a través de la pampa, luego bordeamos el río Huanuni, cruzamos extensos campos de cebada y finalmente escalamos el cerro, lo que me pareció una eternidad. Era la primera vez que montaba y no fue como lo que soñaba de niño: cuando me bajé las piernas casi no me obedecían. Nuevamente creí que mis ojos veían visiones desoladoras, pero era realidad: media docena de chozas de adobe, un galpón con maquinarias y unas torres de teleférico, era toda la infraestructura existente. Me deslicé desde la montura para tratar de pararme, pero me tuve que aferrar de una pared; mis manos acalambreadas estaban tan tiesas y congeladas como mis piernas. El frío imperante en el altiplano penetró en mi cuerpo y sobre todo en mi alma. Aquella hora maldije, por primera y única vez, el minuto en que decidí dejar mi hogar.

-¡Por fin ha llegado! Lo esperaba más temprano.

Una voz agradable y cálida logró sacarme de mi desesperanza. Era el señor Throm, ingeniero alemán que vivía allí desde hacía algún tiempo; él tendría que encargarse de enseñarme mi oficio en ese lugar. Como sospechando mi profunda desilusión, me llevó a su humilde choza, conversando sin parar y me llenó de atenciones; su cocinera apareció con un guiso excelente y también

(Continuación)

bebimos unas copas. Ese fue el comienzo de una amistad profunda; sólo los que han vivido en lugares apartados y cuyas vidas han estado en tan mutua dependencia, saben de lo que estoy hablando.

Pasé en Bolivia dos años, fue mi primera etapa. Nada se dio como lo había soñado. El dinero no llegó a raudales ni fácilmente, tampoco me esperaban con los brazos abiertos. Tuve que luchar para hacerme respetar entre los trabajadores, pero poco a poco fui ganando terreno y experiencia. La mina de Japo era de estaño; luego de echar un primer vistazo, me di cuenta de que ya estaba bastante explotada. Habían agotado las vetas superficiales más ricas en mineral, y continuaban explotando las más profundas sin mucha planificación y con peligro de derrumbes. Todo estaba deteriorado. Quise llevar a cabo nuevas mediciones, pero no pude hacerlo, debido a que los instrumentos no servían. Le comenté esto a mi amigo Throm y tuve que conformarme con su respuesta:

-No se puede remediar; así son las cosas aquí. Seguramente alguno de los ingenieros anteriores echó a perder el instrumento.

Como no había mucho trabajo al comienzo y no podía quedarme sin actividad, aprendí a cazar. Esto me permitió conocer de cerca la majestuosa naturaleza de la cordillera boliviana. Allí empezó mi gran amor por aquellos paisajes; los mil colores de cada montaña, el

azul intenso del cielo, el grito lejano de alguna ave de rapiña como único sonido en el silencio. Muchas veces dejé escapar a mi presa, hechizado por el misterio del momento. Caminar por la soledad, escuchando sólo los propios pasos y sentir que no hay ningún ser humano en muchos kilómetros de distancia, es algo difícil de describir.

Después de tres meses, el señor Throm renunció a su cargo, para regresar a Alemania. Esperaba recibir la herencia de un pariente lejano. De pronto me vi a cargo de la mina, debiendo ejecutar las labores que le habían correspondido, pero sin recibir más sueldo, ya que mi contrato no lo estipulaba así. Con el entusiasmo de mi juventud me aboqué a la tarea de sacar la mina a flote. Conseguí elevar la producción, pero el precio del estaño había bajado, lo cual significó que no ganáramos más. Me deshicé del químico y del contador, y trabajé casi solo a cargo de todo. Sin embargo, el mineral estaba agotado y muy pronto las faenas debieron suspenderse. El silencio de la cordillera invadió también la mina. ¿Qué hacer? Me quisieron enviar a Huanuni, para darme un puesto con mucho más responsabilidad, pero con el mismo sueldo. No acepté, aferrado a mi contrato. Luego de mucho forcejeo, lo único que logré fue que me dejaran en el Japo, y me pagaran lo mismo de antes (que no era mucho), sin tener nada que hacer.

Ahora la soledad me invadió por completo. Al mirar atrás me pregunto por qué no regresé a mi patria entonces. No tengo respuesta; sólo puedo imaginar que fue mi testarudez; no quería volver derrotado. Cómo iba a presentarme delante de mi padre sin haber logrado todo lo que tan ilusamente había vaticinado. También creo que ya se había apoderado de mí la Cordillera, no podía zafarme de aquel lugar. En el día, la soledad me gustaba. Me entretenía leyendo, escribía, repasaba mis estudios, también cazaba. Pero en las noches ese silencio se deslizaba por cada rendija de mi choza, se pegaba a mi colchón, se adhería a los muros y amenazaba con aplastarme. Esa oscuridad salpicada de destellos desconocidos era implacable y rotunda. Leía mucho y a veces llegué a pensar que pronto me invadiría la locura o la inercia total. En las noches sentía pavor. Me refugiaba en mi diario de vida, pero lo que escribía también era deprimente:

(Continuará)



REGINA VOGT BREHM. (1954-Santiago de Chile). Poeta y escritora.